

SAN FRANCISCO DE SÁLES

M. Sayous, tan honrosamente conocido como editor y redactor fidelísimo de las *Memorias* de Mallet du Pan, continúa hoy en Francia (1853) los interesantes estudios literarios comenzados en Ginebra. Siendo bien conocidos los grandes clásicos franceses, el autor se ha colocado en la frontera eligiendo su país. Se dedicó primero á estudiar los escritores franceses que en el siglo xvi produjo la Reforma y que dependían más ó ménos de Ginebra; pero hoy abandona aquel punto de vista sobrado exclusivo y demasiado uniforme, abarcando de una ojeada más libre y más extensa todo lo que se ha hablado y escrito en frances con distincion fuera de los límites de Francia.

Saboya en tiempo de San Francisco de Sáles, Holanda en tiempo de Descartes y de Bayle, la colonia naciente de Berlin en tiempo de Abbadie y de los primeros Ancillon, Inglaterra en el momento en que la duquesa de Mazarino reunia á los Saint-Evremont y los Saint-Réal y daba un Hamilton á Francia; tal es el campo de estudios que explora con acierto M. Sayous, recorriéndolo con provecho y con facilidad. Los dos volúmenes que acaba de publicar y que abrazan toda la literatura francesa en el extranjero durante el curso del siglo xvii, nos prestarán auxilio y nos darán pretexto para tratar de alguno de los personajes que el autor nos presenta ilustrando su estudio con novísimas investigaciones. Empezaremos con él por San Francisco de Sáles, apóstol elocuente de Saboya, dulce y armonioso cisne del siglo xvii (1).

De los países vecinos á Francia, en ninguno se habla el francés con

(1) *Historia de la literatura francesa en el extranjero*, por M. Sayous, t. I.



S^T FRANÇOIS DE SALES

Garnier Freres, Editeurs

SAN FRANCISCO DE SALES

En Saboya, las lecciones de M. de Sade, como editor y redactor fidedigno de los *Mémoires de Bayle* en 1702, preceden las de Francia por sus interesantes estudios literarios comenzados en Ginebra. Habiendo bien conocidos los grandes clásicos franceses, el autor se ha colocado en la frontera eligiendo su país. Se dedicó primero á estudiar los escritores franceses que en el siglo xvi produjo la Reforma y que dependían más ó ménos de Ginebra; pero hoy abandona aquel punto de vista sobrado exclusivo y demasiado uniforme, abarcando de una ojeada más libre y más extensa todo lo que se ha hablado y escrito en frances con distincion fuera de los límites de Francia.

Saboya en tiempo de San Francisco de Sales, Holanda en tiempo de Bayle y de Bayle, la colonia naciente de Berlín en tiempo de Leibniz y de los poetas Anillon, Inglaterra en el momento en que se publica el *Journal de Trévoux* y el *Journal de Londres* que explora con acierto M. de Sade, se ven con provecho y con facilidad. Los dos volúmenes que acata de publicar y que abrazan toda la literatura francesa en el extranjero durante el curso del siglo xvii, nos prestarán auxilio y nos darán pretexto para tratar de alguno de los personajes que el autor nos presenta ilustrando su estudio con novísimas investigaciones. Empezaremos con él por San Francisco de Sales, apóstol elocuente de Saboya, dulce y armonioso cisne del siglo xvii (1).

De los países vecinos á Francia, en ninguno se habla el frances con

Historia de la literatura francesa en el extranjero, por M. Sade, t. 1.



S^t FRANÇOIS DE SALES

Garnier freres, Editeurs.

Paris, Mamey, Paris.

tanta claridad, propiedad y sencillez como en Saboya. M. Sayous pinta muy bien aquel pueblo pobre, inteligente, sociable y « espiritual hasta la sutileza ». Encuentra en él, á falta de una literatura propia, cierto genio literario que es como el sello que marca las producciones de los hijos del país. « El genio propio de los saboyanos, dice, es el gracejo, una sensibilidad que nada tiene de triste y una ingenuidad no exenta de malicia; pero donde más se encuentran estas cualidades enteramente saboyanas, es en los dos escritores que por orden de fechas ocupan los extremos de la historia literaria del país: San Francisco de Sales, que la inaugura en el siglo xvii, y Javier de Maistre que la cierra en nuestros dias ».

M. Sayous describe con verdad el aspecto natural de Saboya, sus frescos paisajes en un marco grandioso, aquella irregularidad ó negligencia doméstica y aquel *no importa* rural que puede sentir el economista ó el agrónomo, pero que place al pintor y le inspira insensiblemente. « La imaginación es más indulgente, dice, pues sonríe á la contemplación del espectáculo, gozando el artista con el instinto del arte que se descubre en aquella confusión, obra al parecer abandonada al azar. » Conocemos ya, desde las pinturas de Juan Jacobo Rousseau, el encanto de los valles y de los verjeles de Saboya, frescos y rientes á las faldas de nevadas montes; pero bueno es recordarlo ántes de hablar de San Francisco de Sales.

Este amable santo, nacido el 21 de Agosto de 1567 en el castillo de Sales, á cuatro leguas de Annecy, era de noble familia y el mayor de sus hermanos y hermanas. Consagrado á Dios por su piadosa madre y destinado por su padre á la carrera senatorial, hizo los primeros estudios en el colegio de Annecy y fué enviado á París con un preceptor. En París estudió filosofía con los jesuitas del colegio de Clermont y oyó las lecciones que se daban en la Sorbona. Volvió á Saboya, donde estuvo hasta que con el mismo preceptor fué enviado por su familia á Italia. Estudió derecho en la universidad de Padua, habiendo sabido conservar su castidad y pureza entre los escollos de la vida de estudiante. Ántes de salir de Italia hizo varias peregrinaciones, y de vuelta en su país natal, « lleno de doctrina, con un talento en que brillaba el pudor y con una mirada en la que se leía la hermosura de su alma, fué la alegría de sus padres y se hizo querer de todo el mundo ». Abo-

gado en Chamberí, se negó á ocupar el puesto de Senador ó miembro del Parlamento de Saboya que se le ofreció poco despues. Le preocupaba un pensamiento más alto : queria abrazar el estado eclesiástico y ser el brazo derecho del obispo de Ginebra que residia en Annecy.

La situacion de aquella pobre iglesia era desesperada. Ginebra habia sido conquistada por el calvinismo y estaba invadida y contagiada la diócesis entera. Las parroquias cercanas á Ginebra, las de los bordes del lago por la parte de Saboya, se habian hecho protestantes. En aquella especie de insurreccion espiritual del siglo décimosexto, no padecian solamente las doctrinas sino tambien las costumbres. Á favor de los cambios, se aflojaban todos los lazos y se introducía el libertinaje más grosero. Donde no estaba Calvino la anarquía imperaba.

Francisco de Sales se dedicó á la vida del misionero con todo el fuego de su edad. Aquellas comarcas de las orillas del lago, conquistadas por los berneses ántes, recóbradas despues por el duque de Saboya, se propuso conquistarlas definitivamente para la Iglesia católica uniéndolas á la patria con vínculos más fuertes. Quiso conducirse al mismo tiempo como cristiano devoto y como súbdito fiel.

Hay aquí, en la carrera de San Francisco de Sales, una primera parte activa, militante, caballeresca, en la que, no obstante la dulzura que se le reconoce, muéstrase animoso y decidido. Parece un misionero valiente y generoso del tiempo de San Luis.

Su primera empresa fué coronada por éxito cumplido; trabajando asiduamente durante algunos años, reconquistó pueblos rebeldes con armas espirituales, reconstituyó los restos de una Iglesia que estaba llamado á dirigir y devolvió á la humilde Saboya su antigua unidad.

Pero lo que más nos interesa de San Francisco de Sales es la parte que á Francia se refiere.

Estuvo en París en 1602 para tratar de asuntos eclesiásticos del país de Gex, separado hacia poco de Saboya y reunido al reino. Vió á Enrique IV, rey que conocia á los hombres y que tuvo el pensamiento de arrebatar á Saboya un prelado tan agradable y útil. Francisco de Sales no era entónces más que coadjutor del obispo de Ginebra; pero Enrique IV no omitió nada por atraérselo : « Me hizo promesas capaces de retener en su reino, no á un pobre sacerdote como yo era, sino á un gran prelado. » En Fontainebleau y en presencia del rey,

como en las principales cátedras de París, predicó por entónces muchas veces. Francisco de Sales fué elegido para pronunciar la Oracion fúnebre del duque de Merceœur, que murió en aquel tiempo. Enrique IV decia que « no conocia á ningun hombre más capaz que el obispo de Ginebra para remediar las novedades que perturbaban su reino, por ser un espíritu sólido, claro, resuelto, sin violencia ni impetuosidad ». Y el cardenal Du Perron, el gran polemista, decia tambien cuando se le proponia traerle calvinistas para discutir con ellos : « Si no se trata más que de convencerlos, para eso creo saber bastante; pero si es cuestion de convertirlos, llevádselos al obispo de Ginebra que ha recibido ese talento de Dios. »

En París supo Francisco de Sales la muerte del obispo de Ginebra, y siendo él designado para sucederle, se apresuró á regresar á su diócesis. El duque de Saboya (Carlos Manuel), político hábil y astuto, le tuvo siempre ojeriza por las amistades que habia contraído en Francia, especialmente en la corte, y por las singulares distinciones de que habia sido objeto; concibió pues algunas desconfianzas contra el que, sin embargo, estaba desprovisto de mundana ambicion y decia en su gracioso lenguaje : « Estoy de visita en estas montañas, esperando retirarme á pasar el invierno en mi pequeño Annecy, que es la barca en la cual he de bogar para ir de esta á la otra vida. » Por su parte Enrique IV no quitaba los ojos del obispo de Ginebra. Hablando cierto dia con uno de los oficiales de su casa, íntimo amigo del santo, el rey le preguntó :

— ¿ Á quién queréis más, á él ó á mí ?

El interpelado salió de aquel paso como pudo, distinguiendo entre los diversos órdenes de afectos; conyino sin embargo en que el obispo le inspiraba un sentimiento más sensible y dulce.

— Pues bien, le replicó Enrique IV, escribidle que deseo ser el tercero en esta amistad.

El cardenal de Richelieu escribia en 1617, durante su primero y corto ministerio, al embajador del rey en Italia :

« He visto por vuestra carta que el señor duque de Saboya envía á Francia al abate Mante y no al obispo de Ginebra como se habia pensado; debo deciros que si bien Su Majestad recibirá complacido á cualquiera que venga de parte de su Alteza, tendria particular satisfaccion en que

viniera el señor de Ginebra por las raras cualidades que en él estima. »

Las simpatías que inspiraba en Francia San Francisco de Sales no podía apreciarlas Luis XIII, entónces niño; era pues Richelieu el que se complacia en manifestarlas.

Vino Francisco de Sales á París, por última vez, en 1618, para negociar el casamiento de una de las hermanas de Luis XIII con el príncipe de Piamonte. Los lazos que le unian á Francia se habian estrechado, gracias á sus continuas relaciones con madama de Chantal, fundadora de la Orden de la Visitacion. El fué quien dispuso la conversion de uno de los guerreros más ilustres de aquel tiempo, el condestable de Lesdiguières, como Bossuet más tarde convirtió á Turena. En Francia fué, en Lyon, donde murió San Francisco de Sales el día 28 de Diciembre de 1622, á la edad de cincuenta y cinco años. — Por hoy no debo insistir más que en el triunfo moral y literario que Francisco de Sales consiguió en su *Introduccion á la vida del devoto*, publicada en 1608, cuyo efecto fué súbito y universal.

Aquel triunfo, á la vez mundano, sentimental y religioso, todo del corazon y de la imaginacion, sólo es comparable á los que hemos visto en nuestra juventud, como, por ejemplo, el de Lamartine en sus *Meditaciones poéticas*. Esta semejanza no sorprenderá á ninguno de los que han penetrado, de los que perciben bajo diversas formas, los vários matices de los talentos y los genios. Era en 1608, á fines del reinado de Enrique IV, por entónces en la plenitud de su gloria, pero que, desgarrado por las turbulencias y por las más profundas sacudidas, no habia tenido tiempo de formar literatura propia. Malherbe, secundado por Racan y algunos de sus discípulos, intentaba purificar la poesía imprimiéndole un gusto más puro y más severo, lo que no impedía que continuara subsistiendo en todos los ingenios una mezcla indefinible. Urfé no habia publicado aún el primer tomo de sus *Astrea*, que habia de ser tambien un acontecimiento literario. Al aparecer el libro de Francisco de Sales, hizo una revolucion: reconoció la devocion y el mundo, y á la piedad con la cortesía y con cierta humanidad; cumplió, se asegura, un voto del mismo Enrique IV, quien hablando con Deshayes, aquel amigo íntimo del santo obispo de Ginebra, habia expresado el deseo de que se hiciera un libro que reconciliara á la corte con la religion.

El voto de Enrique IV que han mencionado los biógrafos no debe sorprendernos; la debilidad de sus costumbres y de su conducta no anulaba sus sentimientos ni las inclinaciones de su corazon. Convertido primero por política, parece haberlo sido despues, con los años, más sinceramente; las razones de conciencia contribuyeron á ratificar lo que habian aconsejado consideraciones de conveniencia política (1).

Sea como quiera, el libro de San Francisco de Sales pudo corresponder á los deseos del rey, pero no fué en modo alguno resultado de ellos; no fué un libro de encargo. Como la mayoría de las obras que causan sensacion en un momento dado, fué escrito indeliberadamente; fué hijo de una inspiracion natural y particularísima.

Francisco de Sales tenía bajo su direccion espiritual á Madama de Charmoisy, que la habia solicitado; formalizó para ella durante una cuaresma una especie de memorial conteniendo instrucciones y consejos. Habia sido escrito con premura á traves de otras ocupaciones; pero Madama de Charmoisy lo conservaba cuidadosamente. Por casualidad se lo enseñó al padre Ferrier, de Chambéry, y este docto personaje, muy versado en las cosas del entendimiento, aconsejó al obispo de Ginebra que lo publicara. Este no entendió, al pronto, lo que aquel le aconsejaba, maravillándose de haber hecho un libro sin querer. Se decidió sin embargo á corregir un poco aquellas páginas y á lanzarlas al mundo. El éxito inmediato de la primera edicion de aquel *librito*, como su autor lo llamaba, le obligó á retocar la segunda: « He agregado, decia, muchas *cositas* que han echado de ménos varios jueces muy dignos, mirando siempre á las gentes que viven en el torbellino del mundo. » Esta identificacion de la primera obra de San Francisco de Sales con las gentes de mundo, es lo que le imprime sello especial. Hablaré de ella bajo este punto de vista, sin engolfarme en sus refinamientos de doctrina, sin exagerar ninguna de sus bellezas, como de un libro que puesto en la mesa de una dama ó

(1) Apártase aquí Sainte Beuve de la opinion general. Si en cuestiones de crítica literaria no vacilamos casi nunca en opinar con él contra los que sustentan opinion contrária, sentimos no concederle la misma autoridad en la crítica histórica. De todas maneras, no es este el lugar ni nosotros los llamados á discutir las creencias del fundador de una dinastía que siempre quiso parecer católica.